BASADO EN LA PELÍCULA DE TIM BURTON

Disney

DUMBO

EL CIRCO DE LOS SUEÑOS

Disney

DUMBO

EL CIRCO DE LOS SUEÑOS

Novela de Kari Sutherland
basada en el guion de Ehren Kruger
Traducción de Marta García Madera

LIBROS Disney

© 2019 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: marzo de 2019
ISBN: 978-84-17529-36-9
Depósito legal: B. 3.256-2019
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

Los frenos chirriaron y el tren se fue parando poco a poco hasta el final de la vía, que acababa en una amplia pradera. Joe dio un grito de alegría mientras las sacudidas del tren lo hacían saltar del asiento. Solo iba agarrado con una mano a la barra de la parte trasera del vagón de cola. El golpe de la frenada lo arrojó otra vez a la parte descubierta del vagón. Los pies le resbalaban por las tablas del suelo.

A Milly no le gustaría verlo allí. Lo regañaría por ser tan imprudente. Vería esa arruga que le salía a su hermana en mitad de la frente y que nunca había estado allí antes de que muriera mamá. Pero en esos momentos, Milly no estaba allí y por tanto no podía verlo.

—¡Yiiiijaaaaaa!—gritó Joe, mientras saltaba del tren.

Por fin habían llegado: Joplin, Misuri, el lugar donde volverían a ver su padre.

Desde la otra punta de la pradera, se le acercaron corriendo varios niños de su edad, saludándolo como locos. Joe les devolvió el saludo levantándose el sombrero, que era de su padre y le iba un pelín grande, la verdad fuera dicha, pero los otros chicos no lo podían ver desde tan lejos.

¡Ssshbum! Las puertas del vagón se abrieron y el personal del circo salió de un salto, en una coreografía bien ensayada, en la que uno de ellos se quedaba atrás en cada vagón para ir lanzando las cosas fuera. Lo primero que sacaban eran los postes y la tela descolorida a rayas blancas y rojas de las carpas y la valla para mantener alejados a los que querían echar un vistazo al espectáculo sin tener que pagar entrada.

—¡Hola, Joe! —exclamó Rongo. Aquel hombre fuerte levantó una pila de tablas que pesaban bastante más que las falsas pesas inflables que manejaba en el escenario.

—¡Hola, Rongo! —lo saludó Joe, agachándose para pasar por debajo de un poste que cargaban dos hombres para llevarlo al campo.

—¡Vete a tu puesto! —le gritó Rufus Sorghum.

Joe le dedicó un burlón saludo a aquel trabajador gruñón y se escabulló para ir junto a Milly. Su hermana estaba bajando armatostes por una rampa. En el vagón que había detrás de ella, Catalina *la Grandiosa*, la ayudante y mujer del

mago, iba ordenando unos paquetes con cuidado. Había muchas cajas.

La pradera estaba tranquila y vacía en ese momento, pero, antes del anochecer, una valla fronteriza rodearía un pueblo formado por carpas y recintos para los animales, colocados lo más lejos posible de la valla. Medici quería evitar que los ciudadanos de Joplin se colaran para ver a los animales, tenía que vender entradas.

—Ah, qué bien que estés aquí —dijo Milly—. Vamos a llevar estos…

—¿Habéis visto a *Barrymore*? —preguntó alguien desesperado.

—¡Oh, no! —dijo Milly, haciendo muecas divertidas con Joe, mientras Catalina se asomaba a la puerta para ver qué era aquel escándalo. Puck, otro de los artistas del circo, parecía presa del pánico.

—Se debe de haber escapado otra vez —dijo Joe, mientras se deslizaba sigilosamente hasta el siguiente vagón—. Sabes que puedo meterme por debajo de los vagones y subirme al techo y buscarlo en todos esos sitios estrechos que le encantan…

Milly suspiró.

—Vale, busca al mono.

Joe se había ido ya antes de que su hermana acabara de decir la frase.

—Pero ¡vuelve en cuanto lo encuentres! —añadió. Negó

con la cabeza y continuó apilando cajas de guirnaldas y luces.

—No soy adivina, pero predigo que volverá justo después de que hayamos descargado la última caja —dijo Catalina, con una sonrisa en los labios.

—No podría ser de otra forma —respondió Milly, sonriendo también.

Siempre levantaban primero la carpa principal y después las de los espectáculos menores. Las últimas eran las zonas privadas entre bastidores. Era raro estar otra vez en tierra firme después de una semana con el traqueteo del tren, pero Milly estaba deseando tener un poco de calma. Era diez veces más fácil medir productos químicos cuando no le temblaba el suelo bajo los pies.

—Gracias, Milly.

Iván *el Maravilloso*, el mago, le dio unas palmaditas en la cabeza al pasar por su lado para recoger una caja.

A última hora de la tarde, el campamento iba tomando forma. Ya estaban montadas las zonas de dormitorios en la parte de atrás. Joe volvió tras una larga caza (*Barrymore* se había escondido dentro de una bolsa de avituallamiento y había acabado con la mitad de los cacahuetes) y ayudó a Milly a plantar su tienda.

—Dame, déjame a mí —dijo Iván.

Fue hasta allí a grandes zancadas y levantó uno de los postes principales con facilidad. Después lo fijó en el agujerito

que había cavado Joe, mientras Milly pasaba la tela por encima del siguiente poste. Una vez el primero ya estuvo bien sujeto al suelo, levantaron el segundo y el tercero. Joe clavó los extremos de la tela en el suelo, mientras Milly sacaba sus pertenencias del vagón.

—Ya sabes que podéis quedaros en nuestra tienda —le dijo Catalina a Milly, apoyando una mano en el brazo de la niña, cuando se encontraron junto al tren.

—Sí —respondió Milly.

Iván y Catalina eran increíblemente amables y hacían todo lo que podían por ella y por Joe. Todos los días les preguntaban si necesitaban algo, como coser tela extra en las mangas de Milly para alargarlas. A veces, les llevaban regalos, como una bolsa de cerezas que habían comprado en una estación de tren durante el camino. Y cada noche dormían cerca de ellos. En la primera parada después de que muriera su madre, Milly y Joe se habían metido en la tienda de Iván y Catalina, pero estaban todos apretujados y resultaba claustrofóbico. Milly no podía hacer experimentos sin que Iván tropezara con ellos y Joe, que se levantaba muy temprano, despertaba a Catalina, que tenía el sueño ligero.

—Estamos bien —aseguró Milly—. Y sabemos que estáis en la puerta de al lado si necesitamos algo. Gracias de todos modos.

—De acuerdo. Si necesitáis lo que sea, no dudes en pedírnoslo. —Catalina sonrió y siguió su camino.

Cuando Milly llegó a las tiendas, Iván y Joe estaban poniendo los catres. Se agachó para entrar y se estremeció de alegría. Iban a poner tres en vez de dos. Por fin la familia volvería a estar unida. Entraron todos juntos los colchones y los colocaron de tal forma que nadie tuviera que subir por encima de nadie para salir de la carpa.

El delicioso olor del estofado llenaba el aire. El estómago de Joe rugió con fuerza.

—¡Ja, ja! —se rio Iván—. Venga, niños, creo que es un buen momento para parar.

Atraídos por el aroma de la ternera y las zanahorias, los miembros de la *troupe* fueron entrando en el círculo para comer. Ese era el verdadero corazón del circo. Normalmente, Medici se paseaba entre ellos para comprobar cómo les iba, pero aquel día Milly no lo vio por ninguna parte. Quizá estuviera visitando a los animales. Estaba obsesionado con su nuevo elefante. Milly y Joe cogieron cuencos y se pusieron en la cola con Iván, detrás de la Señorita Atlántida, la sirena residente.

—¡Qué noche tan clara, ¿verdad?! —preguntó Iván, mirando al cielo.

—Hace un poco de bochorno para mí —respondió la Señorita Atlántida, abanicándose.

—¿Has podido descargarlo todo? ¿Quieres que te eche una mano? —se ofreció Iván.

—Oh, no, gracias; ya está todo listo.

Milly no se sorprendió. La Señorita Atlántida casi nunca aceptaba ayuda, decía que no quería ser una molestia.

La sirena giró el torso para estirar los músculos de la espalda.

—¡Estoy deseando dormir en tierra firme, la verdad! ¡Necesito recobrar el equilibrio!

Después de lavar los platos, Milly y Joe siguieron a Iván al lugar donde Catalina les había reservado sitio a todos: estaba vigilando dos codiciados taburetes para ella y su marido. Sentados junto a ella, con las piernas cruzadas sobre una alfombra, estaban Pramesh, el encantador de serpientes, y su sobrino, Arav. Milly se llevó un chasco al ver que aquella noche se habían dejado las serpientes en su tienda. Le gustaba estudiarlas… siempre que estuvieran lejos de sus ratones, claro. Pramesh le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y, al sonreír, se le arrugó la cara. Arav, que todavía se mostraba tímido y reservado, incluso después de llevar años en el circo, agachó la cabeza. Los niños se sentaron en el suelo al lado de Pramesh, sorbiendo ruidosamente el delicioso estofado.

—Puck es un genio. En serio —dijo Joe.

—Creo que tú serías feliz con la comida de cualquiera —bromeó Milly—, mientras no tengas que mover un cucharón.

—No es verdad. La semana que cocinó Rongo fue…, bueno…

—¿Sí? —refunfuñó una voz a sus espaldas.

Milly y Joe se volvieron y vieron a Rongo, el forzudo del circo, cerniéndose sobre ellos. Su piel oscura contrastaba con su camisa de color amarillo chillón y sus ojos alegres brillaban a la luz de la luna.

—Venga, Joe, sigue. ¿Mi semana fue…?

—¿Poco convencional? —aventuró Joe—. Pero quizá era que echabas demasiada pimienta para mi gusto.

Rongo se rio y les guiñó un ojo a los niños.

—Quizá lo hiciera a propósito —dijo el forzudo.

De repente, Milly se acordó de que Medici había tenido una horrible indigestión aquella semana.

—No me contrataron para hacer de cocinero. Estoy tan contento como tú de que Puck se encargue de cocinar ahora. Por cierto, voy a repetir.

* * *

Después de cenar, todos se reunieron alrededor de una gran hoguera. Milly toqueteaba la llave del colgante. Joe y ella estaban apoyados contra las piernas de Catalina e Iván. Bajo las estrellas brillantes, empezaron a contar historias alrededor de la fogata. Esa era la parte del día que más le gustaba a Milly. El trabajo y los quehaceres domésticos ya habían acabado y todo el mundo estaba relajado y se reía, aunque las noches se hubieran vuelto más melancólicas y

las historias, más tristes que festivas. Pero todavía era agradable mirar al cielo y escuchar el murmullo de las voces, las historias viejas y los chistes malos. Puck cogió su concertina y la hizo sonar. La música aportaba un dulce trasfondo a aquel momento. La multitud le pidió a la Señorita Atlántida que cantara y, al final, después de intentar convencerla durante un buen rato, se prestó a hacerlo, con su rica y preciosa voz. Milly se balanceaba mientras la escuchaba con admiración.

—Bueno, tengo que ir a ver a *Tanak* —dijo Pramesh, una vez que hubo acabado la canción, levantándose con un movimiento fluido.

Pramesh mimaba a *Tanak*, su serpiente pitón. Le cogía ratas cada vez que paraban. Menos mal que Pramesh siempre se aseguraba de que la serpiente estuviera sobre sus hombros o guardada en un lugar seguro. A Milly la deprimiría mucho que, de alguna manera, la pitón llegara hasta sus ratones.

—Se ha quedado dormido —susurró Pramesh señalando a Joe.

Iván estiró la cabeza para mirarlo.

—Bueno, ha sido un día largo y ya sabéis lo que le gusta madrugar.

Milly bostezó.

—Sí, nos gusta levantarnos temprano. Iván, ¿te importa?

Sin decir nada, Iván pasó los brazos alrededor de Joe y lo levantó. Milly les deseó buenas noches a todos antes de seguirlo hasta la tienda.

—Buenas noches, pequeño —dijo Iván mientras arropaba a Joe—. Que descanses.

Luego le dio un beso a Milly en la frente antes de agacharse para salir a la noche.

* * *

—Holt regresará pronto —dijo Catalina cuando Iván se sentó junto a ella frente a la hoguera.

Apoyando el hombro contra el de ella, Iván asintió.

—Espero que la guerra no le haya quebrado el espíritu. Esos niños lo necesitan intacto.

Tanto Catalina como Iván habían visto a muchos soldados con miradas atormentadas que iban a ver su espectáculo. Ni siquiera el número de los payasos lograba romper su coraza.

—Sí, eso espero.

El fuego chisporroteaba y los cubiertos tintineaban cuando la *troupe* dejaba los cuencos para lavar. La Señorita Atlántida, con los brazos sumergidos en el agua con jabón, les deseó buenas noches a todos mientras se marchaban. Puck se había encargado de cocinar, así que ella se había prestado

voluntaria para lavar los platos. Los iban a necesitar a la mañana siguiente para desayunar.

La vida en el circo era cíclica, sin duda alguna.